

»Con sus largas ramas se acarician como para decirse que están ahí.

»Si el viento sopla, gesticulan encolerizados, temerosos de que sus raíces se debiliten.

»Pero entre ellos, jamás una disputa. Murmuran siempre de acuerdo.

»Viéndoles, siento que serán mi verdadera familia. La otra la olvidaré pronto. Ellos me adoptarán poco á poco, pues para merecerlo estoy ya aprendiendo lo necesario.

»Ya sé contemplar las nubes que pasan.

»Ya sé estarme quieto.

»Ya casi sé callarme».

Este delicioso poema que encuentro en la Antología de L. Pierard, me parece que las ligas de defensa de los árboles debieran publicarlo ilustrado, para repartirlo en las escuelas. Porque si hay algo que hace sentir la verdadera vida afectuosa de los grandes vegetales, es esa melancólica fantasía. Y de lo que se trata, es de hacer sentir á los niños—á los niños chicos y á los niños con barbas—esta verdad profunda y necesaria, que los poetas vanidosos creen haber descubierto y que en realidad es obra de la ciencia y de los sabios.

...—¿Sabe usted en qué consiste eso?—explicóme, un día, mi amigo Roso de Luna.—En que nosotros los simples experimentadores no tenemos prejuicios. Cuando un fenómeno nos aparece claro, nos apresuramos á renunciar á nuestros principios anteriores. En cambio los artistas, los literatos, los poetas, son siempre conservadores. La idea de que una planta no sea sino un animal con raíces les obligaría á renunciar á mil imágenes milenarias...

*El Culto del Hombre Maduro*, páginas 169 á 177:

Las cabelleras que encanecen están de moda... Las damas y damiselas de

nuestra época, no consienten en amar sino á aquéllos que, ya llenos de experiencia, han pasado el istmo de los 40 con sus cuarenta mil desilusiones. ... En la comedia de Romain Coolus estrenada anoche en el teatro de la Renaissance, la exquisita Suzette Sormain, que es el diablo con ojos aterciopelados y faldas frufutantes, dice á su amigo el Doctor Darcier:

—¿Pero de dónde sales tú para no saber que las mujeres, lejos de detestar las cabelleras emblanquecidas, se mueren por ellas?...

—¿Por qué?—le pregunta él y ella responde:

—No sé por qué ... porque sí ...

Es la razón de todas las amorosas. Lo ama porque lo ama. Sólo que si lo ama á pesar de sus canas, es que una concepción erótica existe en nuestros días que no había existido nunca antes ... Estamos en la época de las canas triunfantes. El mismo *Figaro*, en un editorial reciente, decía:

«La prueba segura nos la dan cada día, hace ya mucho tiempo, las crónicas menudas, la novela y el teatro contemporáneos. La desconfianza con que las jóvenes y las mujeres en general, miran hoy á los hombres demasiado tiernos, es un sentimiento muy reciente, cuyas trazas costaría trabajo encontrar en el teatro clásico ... Sin fijarnos en ello, se ha producido, desde el siglo xvii, una evolución psicológica, que no nos extrañaría fuera consecuencia y reflejo de una evolución social paralela».

Y si esto os parece absurdo, interrogad á los psicólogos para ver que, muy al contrario, dadas las circunstancias actuales de la existencia social, el verdadero amante ideal es el que tiene ya sus 8 lustros cumplidos. ¿Por qué?... Por mil razones que los

J. Trad. E. J. R.



**BIBLIOTECA DOMENECH.** Acaban de llegar las siguientes obras: APUNTES DE UN DESCONOCIDO (2 tomos), LAS CEREZAS DEL CEMENTERIO, EL ESPADA MONTES y LA VOZ DE LAS CAMPANAS.